



## CAPÍTULO VI

Asia oriental.—China.—Decadencia de la dinastía Chang.—Dinastía de los Wang.—El gran Mowang.—Sus sucesores.—Desmembración y decadencia del Celeste Imperio.

En las contiendas que ocupan á los imperios del Asia Central en la época en que nosotros hemos llegado, durante las dominaciones que se derrumban las unas sobre las otras, la China queda exenta de estos trastornos.

Relegado á los confines del mundo el Celeste Imperio, apenas recibe el golpe de los Ramsés egipcios, cuando se entrega de lleno á sus disidencias interiores, á sus guerras y á la anarquía de los reinados vecinos y enemigos.

Por espacio de doscientos años (1500 á 1320) continuas guerras de sucesión al trono desgarran el país; las doctrinas de los usurpadores comenzaban á dar sus frutos.

La corrupcion invade los altos puestos, y es tal el estado de degradacion de las clases superiores, que cuando por casualidad se encuentra un príncipe ménos malo que sus súbditos, y que, como *Wu-Ting*, quiere ensayar si podrá regenerar el Estado, se ve obligado á tomar por primer ministro á un pobre artesano, *Fou-Yue*. «Mirame, le dice el emperador, como á un cristal de espejo poco pulimentado que tú debes perfeccionar. No me adules nunca, para que yo pueda con tus instrucciones adquirir las virtudes de mi predecesor.» Modesto era en verdad *Wu-Ting*, y tenia, además, muy buenas costumbres. «La paz y la turbacion de un reino, decia, dependen de los ministros. Los empleos no deben darse más que á los que no quieren seguir sus pasiones, y á los que tengan, por otra parte, la suficiente capacidad. Los honores no deben tampoco ser confiados á los malos, sino á los sábios» (1).

Esta filosofía no fué parte más poderosa que

(1) *Chu-King*, lib. III, cap. VIII, citado por Peauthier, *China*, pág. 68.

esfuerzos del sábio jornalero á mejorar el estado social; y la dinastía de los Chang descendió paso á paso por todos los grados del vicio y de la vergüenza.

Las locuras y las crueldades son las que únicamente pueden sacar del olvido algunos nombres: el de *Wou-Y* (1198), por ejemplo, que se habia hecho ídolos de madera, les llamaba espíritus celestiales, jugaba con ellos, y cuando perdía la estatua hacia dar muerte al sacerdote; la sangre de este desgraciado, recogida en un pellejo, servía de blanco á las flechas del monarca.

A *Wou-Y* sigue el tirano *Cheu-Sin*, cuyos vicios inspiran horror, y cuya barbárie hace estremecer. Su maestra *Ta-ki* inventa un cilindro de acero que le ponian á calentar hasta el rojo, y el paciente condenado á este suplicio atroz tenia que abrazarle hasta que su carne quedara completamente consumida. Un ministro aventuró algunas atrevidas máximas. «Habla como un sábio, dice el rey, cuentan que el corazon de los sábios está horadado con siete agujeros, quiero ver lo que hay de verdad,» y le hizo abrir el pecho; «pero, exclama el *Chu-King* (1): ya terminó la dinastía Chang; todo lo que por ella pasaba estaba anunciando su ruina.» Y en efecto, el príncipe de Tcheou, *Wou-Wang*, el rey guerrero indignado acaba de armar sus tropas, y reúne á los descontentos y se presenta sobre las márgenes del Hoang-Ho. El tirano, por su parte, habia reunido un ejército numeroso. La batalla se dió en el llano de Mu-Y. *Wu-Wang* tenia en su mano izquierda una resplandeciente hacha de oro y de pedrerías, y en

(1) Citado en Peauthier, *China*, *Universo Pintoresco*.

la derecha agitaba un estandarte blanco, con el que hacia sus señales. La confusion fué terrible. Sobre los arroyos de sangre flotaban por do quiera los morteros que servían para pilar el arroz y el mijo. Cheou dió pruebas de valor; batido por su rival, corre á la capital, se encierra en la torre de los Ciervos, magnífico edificio construido por su maestra, y cuyas puertas eran de jaspe y las paredes de mármol, y en ella se entrega al fuego con todos sus tesoros (1).

El vencedor hizo su entrada en la ciudad real á la cabeza de tres mil caballos y de una espléndida córte. Luego que se halló en posesión del poder, hizo, segun costumbre de todos los jefes de la dinastía, cambios importantes en el calendario, é instituyó un tribunal histórico.

Después fué un príncipe modelo, segun *King-Tseu*; descansaba de sus graves ocupaciones filosofando con sus ministros, y hasta recibía lecciones de metafísica, de astrología y divinacion por las suertes y la tortuga; lo que sin embargo no le impedía bajar de las altas regiones contemplativas para entregarse á los cuidados de su imperio, y como todos los hombres revolucionarios, amoldarse á las circunstancias. Así se le ve obligado á confiar mandos importantes á todos los jefes que habia arrastrado á su causa, de suerte que en derredor de él y de sus sucesores vendrán á agruparse ciento cincuenta y seis reyes, que vasallos y feudatarios en un principio, no tardaron en hacerse independientes y en desgarrar el imperio con sus disensiones. A pesar de sus relevantes cualidades, á pesar de la proteccion de las suertes, *Wou-Wang* no pudo reinar más que siete años, y dejó el trono á su hijo *Tching-Wang*, quien no tuvo de perfecto más que el nombre (2).

Tuvieron lugar durante su reinado algunos hechos dignos de ser anotados. Así, por ejemplo, en el tercer año (1113), hubo hombres del reino de Ni-Li, que vinieron á la córte. Estos se congratulaban de haber abandonado su reino, marchando en medio de una nube ambu-

(1) Compárese esta tradicion con la de Sardanápalo.

(2) *Tching-Wan*, significa el «Rey perfecto.»

lante. Oían los ruidos de los truenos que bajaban á la tierra; algunos permanecieron entre juncos ó en las moradas más recónditas. Oyeron el ruido que hacían resonar las ondas que se rompían sobre sus cabezas. Al mirar al sol y la luna, se sirvieron de su posición para reconocer las regiones y los reinos; se informaron de los primeros tiempos y de los usos de los reinos del Medio.

¿No es este acaso un recuerdo, aunque remoto, pero acentuado sin embargo, del Egipto y del Exodo de los hijos de Israel? ¿No podrá verse en esto un rasgo, sin duda alterado, pero de referencia á tiempos muy remotos, de un viaje que hicieron los navegantes hebreos, en la época de la gloria de Salomón, cuando las escuadras del poderoso monarca surcaban los mares y se remontaban hasta los archipiélagos de la Oceanía? (1).

Sea de ello lo que quiera, *Tching-Wang* se contentó con hacer reconocer su supremacía por los vasallos reunidos en el templo de la Luz, *Ming-Tang*. Repararemos bien que esta palabra, que sólo á él se refiere, indica un culto enteramente nuevo, todo un progreso de error. El rey *Perfecto* reposó en su tío, el sábio *Tcheou-Kong*, poeta, músico, astrónomo, conocedor de la administracion, y el reino prosperó: segun las ideas de la China, no podia suceder de otra manera; era un filósofo el que gobernaba. El *Justiciero* *Keng-Wang*, sucedió á este príncipe, y el sauce bajo el cual daba él sus órdenes ha quedado celebridad en la China, lo mismo que los perros de caza y demás atalajes de su hijo *Tchao-Wang*; su fin fué distinto, sin embargo: el primero murió tranquilamente, y el

(1) *Li-Tai-Ki-Sse* (*Kinan* VI, folio 9), citados por *Pauthier* (*China*). El hecho de la presencia de los judíos en aquellas apartadas regiones, parece fuera de toda duda á nuestros navegantes más distinguidos. *M. Freyeinet*, capitán que mandó la expedición de la *Urania*, nos lo ha confirmado y en su aserto nos apoyamos nosotros aquí. Estas islas han conservado muy antiguos usos, muchas tradiciones y hasta muchas leyes hebráicas, en especial la del Talion, para que no se rehusen estos notables hechos debidos á la importación de los judíos. Y por otra parte, el famoso país de *Ophir* que abraza todo el Oriente en general, justifica y corrobora estas pruebas.



rey *Brillante*, víctima de una conspiración, pereció en las aguas.

Viene después el famoso Mou-Wang, el rey *Magnífico*, el contemporáneo de Salomón, y cuya historia ofrece, con la del rey de Israel, extrañas semejanzas (1001). Así, por ejemplo, hizo construir palacios, recibir los homenajes de las muchas provincias: sus caballerizas eran espléndidas, y su sabiduría admira al imperio. «Estoy también tan inquieto en el trono, decía, como si mis pies descansaran sobre la cola de un tigre, ó como si marchara sobre el hielo de la primavera; á media noche me levanto y pienso sin cesar en la manera de evitar el cometer faltas» (1).

Este alto renombre llamó la atención de los pueblos limítrofes; Mu-Wang hizo un viaje al Occidente, quizás hacia la Persia y la Asiria (2), cosa inaudita para los hasta en cierto sentido inmóviles emperadores de la China, y á su vez vió llegar á Si-Wang-Mou, la madre del rey *Occidental*, que le ofreció muchos presentes. «En el venturoso día, dicen los libros *Chi-i* (3), el *hijo del cielo* ofreció dones á la princesa y le ofreció un banquete sobre el lago Yao.» «Hay blancas nubes en el cielo, decía la reina. La cima del monte se abre á mi vista; la distancia del camino es inmensa, montañas y ríos la atra-

(1) *Libro sagrado de los anales*, citado en Pauthier, (China).

(2) Los historiadores chinos llaman á este país de Occidente Si-Wang-Mu, y el célebre Sse-Ma-Thsien le coloca en las comarcas vecinas de la Persia y de la Siria. M. Pauthier se inclinaria á creer que es cuestión más bien del monte Meru, Kuen-Sun, colocado entre la China y el Thibet. Un autor persa, Abdallah-Beydavah, dice que el rey chino vino hasta la Persia, y que allí vió á la princesa Si-Wang-Mu, la madre del rey *Occidental*, que fué en seguida á visitarle. Había traído del Occidente hábiles artistas que la hicieron magníficos palacios y grandes jardines, semejantes á los de la Bactriana, Persia y Babilonia. ¿No hay en esto (es conjetura de M. Peauthier) alguna analogía entre el rey *Occidental* y S'akya-Muni, por sobrenombre *Buddha*, en la India, y *Fo* en China? ¿Y no se tratará acaso aquí de una revolución religiosa?

(3) *Libro de lo que se pasó en olvido*, paralipómenos. Es bastante notable que precisamente la entrevista de Salomón y de la reina de Sabah esté referida en el *Dibre ha'amia*, libro de lo que se pasó en el olvido, paralipómenos de la Biblia.

viesan. Con familia no se conoce la muerte; tomad esposa, y podeis volver á partir.» «Vuelvo hacia el Oriente, respondió Mou-Wang. Yo formé los nueve acordes armoniosos; las diez mil familias de los pueblos están en paz. Os contemplo con alegría; pero ya tres años que estoy á tu lado. Quiero volver á mi patria.» Y se marchó, dejando sobre un alto árbol una inscripción que debía recordar la famosa entrevista (1).

Por desgracia este hecho está lleno de tan magníficas revelaciones y de tan fantásticas pinturas, que le hacen perder su autenticidad. Las diez mil inteligencias reunidas, el viaje emprendido á las nubes, la desaparición de los dos amantes sobre un carro de llamas, arrastrado por dragones, le dan toda la apariencia de un cuento oriental, puesto en la historia tan poco maravillosa de la China, con la que forma una increíble disparidad. Este contraste, por lo demás, hace más curiosa una tradición que guarda tanta analogía con el viaje de la reina de Sabah.

Por lo demás nada puede igualar la prodigiosa fama de Mou-Wang. Tiene poder sobre los cielos y la tierra, y le debe á las semillas cuya colección sin precio poseía él. No tiene más que tocar la flauta para hacer que cesen los torrentes de una lluvia devastadora, ó para traer sobre los campos nubes fertilizadoras (2). Es el Salomón legendario del extremo del Oriente.

Las relaciones de esta vida maravillosa han agotado todo el número de los historiadores chinos. Nada tienen que decir de los cuatro sucesores del *Magnífico*, sino que fueron tiranos y cobardes, y que el pueblo no deja de estar disgustado con ellos.

Cansados, sin embargo, de haberse vengado más que con versos, de los que una buena parte probablemente fueron compuestos ya muy tarde, los chinos se rebelaron por último y asesinaron á trescientos príncipes de la casa real. El hijo del tirano, Siouen-Wang, se salvó y fué colocado en el trono; pero había olvidado la ce-

(1) Pauthier (China), p. 97.

(2) *Memorias concernientes á la China*, t. III, página 24.



remonia del «trabajo augusto» y fué destronado por los bárbaros; tristes sucesos señalaron el reinado de su hijo Yeou-Wang.

Retirado á lo más oculto de su palacio, sacrificándolo todo á su pasión por la bella Pao-Sse, se atrajo el odio de sus generales, á los que la princesa se complacía en dar falsos avisos en señal de alerta (1). Los estandartes de los bárbaros del Norte se despliegan con orgullo por los aires, y se precipitan sobre el príncipe. Vendido y abandonado, es asesinado por los tártaros.

El sistema de anarquía que había sido como impuesto á la dinastía de los Wang, da sus frutos. Fraccionado en numerosos reinos, es entregado el imperio á las discordias interiores, y la decadencia es terrible bajo los últimos Wang. Reinan aun por espacio de cinco años; pero su historia no es más que una serie de reinados anárquicos, de asesinatos, de turbaciones de todo género y de guerras continuas que se hacen los grandes vasallos para engrandecer su poder y hacerse independientes (2). El príncipe de Thsin consigue que se le rinda la ciudad real de Chen-Sin, y usurpa la prerogativa del solemne sacrificio al cielo supremo. Con su ejemplo, cada rey vasallo trata de retirarse del imperio; la antigua religión es abandonada; las ciencias y el estudio se pierden poco á poco, y la guerra desola todas las provincias. El rey de

(1) Se divertía en hacer señales con fuegos, que ponían á las tropas en movimiento. Libro de los hechos irrecusables.

(2) Pauthier, *op. cit.*

Tsi se declara jefe de los feudatarios. Derrota y da muerte al rey de Thsin, Mou-Koung, á pesar de los socorros de los bárbaros. Este estado de Thsin había ya tomado las costumbres de los escitas y de los tártaros; uno de los hijos de Mou-Koung, su carro, tres hijos de su familia, tigres encadenados son sepultados con él, y ciento setenta y siete personas mueren sobre su cadáver.

Estos hechos son significativos y señalan las invasiones de las poblaciones occidentales, cuya conquista vino á aumentar la desolación del Celeste Imperio.

El desorden, las disensiones civiles, la ignorancia y la tiranía se unen para castigar á esta nación embrutecida: necesitará mucho tiempo para levantarse de su postración, y nunca llegará á tener bastante fuerza para hacer desaparecer al famoso Kong-Fou-Tseu, que la inmovilizará con su vergonzoso racionalismo.

En medio de la incertidumbre histórica que sobre la China se nos ofrece en estas noticias, expuestas por el sábio Riancey, la sábia crítica y la lingüística no abandonan la esperanza de ver cada día confirmadas unas y negadas otras, como lo están demostrando las constantes investigaciones sobre esta materia, así como sobre la historia de la India, de que se trata, según el mismo citado historiador católico, en el capítulo siguiente.

En los apéndices sucesivos consignaremos algunos datos curiosos, recientemente confirmados, sobre algunas creencias, lenguas y costumbres de estos pueblos.